

Amalia debe marcharse

Nicolás Álvarez Arrau



Capítulo 1

Alberto abrió la puerta de su oficina y Amalia lo miró atento antes de tomar asiento. Los ojos de la muchacha parecían penetrarlo con una claridad absoluta, y él comprendió de inmediato que una mujer como aquella solo se deja ver una vez en la vida.

—Venía atrasada —dijo Amalia—. Creí que ya se había ido.

—No se preocupe —le respondió él—. Diez minutos no son nada.

Ella sonrió y posó sus manos sobre el escritorio en señal de confianza. Desde ese momento los dos se adentraron en una conversación que perdió el sentido al primer minuto. Debían hablar de trabajo, horarios, documentos y firmas, pero terminaron por hablar de los libros que Eliseo Barra los hizo leer durante el primer año de universidad, de las malas calificaciones que recibieron, del adiós de Rodrigo, de las calenturas de Héctor y del futuro primoroso que a ambos esperaba solo por el hecho de haberse clavado las miradas en esa oficina recién pintada, como si jamás un hombre y una mujer se las hayan clavado de esa forma. Como si antes de ellos no hubiese existido el amor.

—Entonces... —dijo Amalia, queriendo con ello frenar en seco sus impulsos—, todos estos papales deben estar listos la próxima semana.

Así era. La próxima semana. Pero Alberto lo dejó pasar. Su mente seguía a la deriva sobre esa belleza pulcra que amenazaba con ahogarlo. Y mientras se extraviaba, ella se levantaba. Alejaba sus manos del escritorio y se ponía de pie al unísono, olvidando los recuerdos que hace algunos instantes habían sido desempolvados. Ya era hora de partir.

Cuando la vio de pie bajo el umbral no pudo evitar sentir una angustia terrible en el centro de su humanidad. Con una sonrisa tan mansa y penetrante como los ojos que ella misma le ofreció al entrar a su oficina, Alberto le rogó que se quedara para siempre.

—Me disculparé, pero tengo diez minutos de retraso—le respondió la muchacha, y se alejó rápidamente.

